EL *LUNUK* DEL REMANSO VERDE

La familia Arruezo se extinguió por culpa del *lunuk*[1], que bebía del agua de la gran poza del río con las mil trompas afiladas de sus raíces. Unas raíces largas, vigorosas, extendidas, buceando primero en la tierra, porosa y húmeda, y más abajo dentro del agua estancada del remanso verde. El tronco del árbol surgía de la tierra a mitad del camino, entre el nivel del río y el de la planicie que se derramaba más arriba sobre la llanura. La pendiente del talud quedaba dividida en dos por este brotar del *lunuk* gigantesco, que bajaba con su trama subterránea a sorber el frescor del agua y subía con su copa en pos del sol y del espacio. Y fue tan elevada la altura que buscó, que después de asomar sobre el borde de la ribera aún levantó la cabeza dieciséis metros por encima del campo. Su copa, extendida y tupidísima, formaba un círculo de cerca de veinte metros de diámetro. Y por esto su gran pecado era la enorme

[1] **Ficus elastica* es la denominación científica del *lunuk*, que recibe este nombre en las islas Visayas, pero que es más conocido por la forma tagala *balete*. Tiene unas raíces que descienden desde el tronco y desde las ramas lo que hace que se extienda cubriendo una gran superficie de terreno. En muchas culturas tradicionales de Filipinas este árbol es el hogar de algún espíritu, por lo que acercarse a él siempre constituye un riesgo. En caso de que se encuentre en zona de cultivos se deben practicar ciertos rituales pidiendo a los espíritus permiso para perturbar su morada.

sombra que proyectaba sobre el cañadulzal, sombra alargada y agrandada por el sol poniente robando claridad de siesta a una porción mayor del sembrado. Este gran trozo del campo daba cañas tan exiguas y precarias, que no pagaban el gasto del cultivo. Y el amo miraba al árbol como a un enemigo de su renta. Era hermoso, eso sí; un pintor lo hubiera escogido cien veces entre otros para un cuadro que se hubiese podido titular *Sombra en el Trópico*; un artista lo hubiera contemplado ratos prolongados para goce de la vista y recreo del espíritu, pero los indígenas pasaban de largo cuando tenían que cruzar aquel lugar y la vereda que orillaba el borde superior de la ribera se desviaba unos metros antes de llegar al *lunuk*, trazaba un semicírculo para esquivarlo y volvía a festonear el talud tan pronto como aquél quedaba atrás.

Los indígenas sabían que el *lunuk* era la morada de un *tamao*. De un *tamao* poderoso y vengativo. Y abajo, en la rebalsa más grande y honda que tenía el río, no se bañaban nunca, porque sus aguas eran de un verde tenebroso, de una hondura oscura, que no reflejaba nada del exterior.

Muertas, extáticas, las aguas de este remanso amplio tenían una mirada de ciego, sin vista para la luz, pero con visiones internas de muecas macabras, de torturas frías, de voces que callaron a lo largo de los siglos, de tumbas escondidas bajo sus pies, de ayes y lamentos lanzados por almas en pena; todo un retablo dantesco de misterios indescifrables, de horrores condensados, de alucinaciones sobrenaturales. Era el reino frío, oscuro y tenebroso del *tamao*.

Los chiquillos de la hacienda íbamos a bañamos junto a la poza, rebozándonos en las ondas rizadas y la arena ondulada sobre la cual corrían; más allá, la roca se abría en canal por donde se precipitaba el torrente, dejándonos arrastrar por él; pero si alguna vez, descuidadamente, éste nos llevaba a la poza

del *lunuk*, nadábamos de prisa para salir de ella, repelidos por el miedo, por el limo de sus orillas, resbaladizas y macabras, y por el frío de su agua sin fondo, donde enjuagaba el árbol la cabellera de sus raíces desnudas. Y a pesar de que en ella era donde mejor se hubiera podido nadar, jamás buceábamos en sus entrañas, prefiriendo andar un kilómetro más allá, bajo el sol abrasador, en busca del otro remanso, alejado del caserío, pero limpio, sonriente, cristalino, sin mirada de *tamao* en su ribera que estremeciese de miedo y sobresalto la fibra sensible de nuestra imaginación infantil. Esta rebalsa, desfondada también como la otra, atraía, sin embargo, nuestro anhelo aventurero de descubridores y nos hacía bucear horas enteras, con afanes de llegar a su lecho; empresa imposible, porque ni aun con un bambú de los más largos conseguimos tocar aquel fondo alejado, pero amigo, que nos reclamaba con promesa de regazo cálido a través de los sueños abiertos de nuestra cabeza emprendedora.

Nunca llegamos a explicamos de lleno por qué se mostraba nuestro valor tan propicio a la empresa en este remanso, y en cambio, en el otro se nos helaban la audacia y el afán. Pero Juana, un día, nos relató los hechos en torno a los cuales se forjó la leyenda del *tamao* que habitaba el *lunuk*, prolongando su palacio hasta el fondo sin fondo de lo sobrenatural, por debajo del agua de la poza verde.

Y su cuento fue éste...

La hacienda donde nacimos y donde crecimos no había sido siempre nuestra ni de nuestros abuelos. Antes que a ellos perteneció a la familia Arruezo. El primer Arruezo vino de España con una graduación baja de militar y se instaló en Manila. Allí se casó con una mestiza tagala[2], y poco tiempo

[2] Los naturales de Manila y sus alrededores son tagalos.

después —cuando la paga no bastaba para las bocas del nido— se trasladó a la isla de Negros, que por lo alejada de la capital era ofrecida a quienes quisiesen trabajar sus tierras y poblar sus lugares. Y Arruezo recibió una extensión vastísima de tierras sin desmochar, que fue cultivando y ofreciendo a otros compatriotas, muchos de ellos venidos directamente de pueblos de España, halagados por el ofrecimiento que les hacía el paisano ausente. Fundó un pueblo, solicitando el cura párroco al Arzobispado, tramitando el nombramiento de autoridades y ayudando a que se instalasen en sus calles, simétricamente trazadas, las familias de los que habían de cultivar las tierras en los alrededores. Tanto ofreció y tan generosamente cedió sus propiedades, que Arruezo se quedó con dos únicas fincas: una muy alejada en el monte y aquella donde nosotros vivíamos y a través de la cual corría el río y crecía el *lunuk*, objeto de este relato.

El primer Arruezo trabajó bien la hacienda, sacó de ella caña dulce en abundancia, elaboró azúcar y al cabo de unos años aumentó de tal forma su caudal, que se le consideraba el más rico de la isla.

Entonces, acuciada su nostalgia por la patria, decidió hacer un viaje, visitar su pueblo natal, abrazar a sus familiares y reponer sus fuerzas, mermadas por el clima tropical, renovando la sangre y tonificándola con un par de inviernos europeos. Su mujer, reacia en un principio a que se alejase de su hogar, hubo de conformarse más tarde, porque comprendió que el viaje no era sólo un capricho ni un afán de ostentación ante los parientes pobres de la patria chica, sino una necesidad para la salud del hombre blanco, que había soportado ya el agobio de veinticinco años de clima cálido, sin alternativas tonificantes para un organismo de clima moderado.

Ultimados los preparativos, paseaba el amo sobre su

caballo inspeccionando los sembrados, cuando acertó a pasar por el lugar donde crecía el *lunuk*. Llamó su atención el que en torno al árbol la caña estuviese raquítica, amarillenta, casi marchita, mientras unos metros más allá todo era vigor, lozanía, desarrollo. Envió por el cabo —que así se llamaban los capataces que vigilaban y dirigían las labores rutinarias agrícolas— y le pidió una explicación del fenómeno.

—Es la sombra del *lunuk*, señor —contestó el cabo.

—Pues corta el árbol, Cadio (se llamaba Arcadio). ¿No ves que se desperdicia mucha caña de esta manera?

—Señor, el árbol no se puede cortar; lo que haré es no sembrar el trozo que lo rodea —respondió Cadio con aire misterioso.

—Qué tontería, si se puede aprovechar el terreno sólo con eliminar la sombra que estropea el sembrado.

—Pero el árbol, señor, no se puede cortar —insistía Cadio.

—¿Por qué? —interrogó, intrigado, el amo.

—Porque es la casa del *tamao*, y éste se vengaría, señor.

El amo se rió.

—Vas a mandar cortar el *lunuk*, Cadio, porque es mi voluntad que así se haga —ordenó Arruezo.

Cadio calló un momento, pensativo, pero pronto comenzó a hablar bajando la voz, en tono humilde.

—El amo sabe con qué fidelidad le he servido siempre: nunca desobedecí, nunca robé, nunca esquivé el trabajo con que aumentar la riqueza del señor; tampoco negué nada a mi amo, le busqué las mujeres más atractivas del poblado, salvé como mejor pude los momentos difíciles, defendí su vida con mi propio pecho, y de ello hablan las heridas que recibí por interponerme entre él y el *bolo* de un enemigo que quería matarle...; pero ahora, ahora tengo que decir al amo que yo me niego a mandar cortar el *lunuk*. Os vais a ir, amo, a vuestra

—Yo sabía, señora, que el amo no podía volver.

patria; pues bien, si este árbol se corta, el *tamao* hará que no volváis a ver esta tierra de nuevo, ni a vuestra mujer ni a vuestro hijo. Os lo ruego, os lo suplico, no mandéis cortar ese *lunuk*.

El hombre blanco palideció ante tal posibilidad, pero su reacción fue sentirse ridículo frente a sí mismo, y más ridícula la superchería del indígena, servidor leal, sí, pero ganado por el miedo supersticioso a lo sobrenatural.

—Está bien, Cadio; no serás tú el que corte ni mande cortar el *lunuk*. Ordenaré a otro que lo haga, porque el árbol ha de ser talado antes de que yo parta de aquí. Y ya verás cómo me voy a reír cuando regrese.

Se alejó del lugar. Cadio lloraba.

El día antes de la partida, el *lunuk* fue derribado a hachazos. El amo se fue. El viaje fue largo; las noticias escasas. Eran los tiempos lentos, sin telégrafos ni teléfonos; menos aún la radio. Se iba a Europa dando la vuelta por el Cabo de Buena Esperanza[3]; algunos veleros tardaban hasta seis meses; los primeros barcos de vapor lo hacían en no menos de tres. Y un mal día llegó la triste nueva. En un hotel de una calle de Madrid, el amo había muerto repentinamente. Y añadía: "Murió del corazón, pues lo encontraron sin vida en su lecho".

La señora llamó a sus capataces y les comunicó lo sucedido. Cadio habló.

—Yo sabía, señora, que el amo no podía volver. No fue el corazón: fue el *tamao*, al cual dejó sin hogar cuando mandó cortar el *lunuk* del río.

Y Cadio lloraba otra vez.

Pero la señora le riñó:

---

[3] *Más lógico hubiera sido que realizara el viaje vía Méjico, en todo caso, hasta finales de 1869 no se abrió el canal de Suez que facilitó las comunicaciones entre Asia y Europa.

—Cadio, ¿es ése el único consuelo que ofreces para mi pena? Vete, vete; el *tamao* no existe... El amo tenía el corazón cansado por el trabajo y por el calor; su sangre estaba pesada y el corazón tuvo que esforzarse para moverla. El amo murió porque Dios así lo quiso. Es pecado que hables del *tamao*. Vete a pedir perdón a Dios por lo que has dicho. Vete, vete.

Cadio calló. Pero no pidió perdón a Dios. Este buen Dios sabía también que había sido el *tamao* el asesino del amo. Y la señora, ¡qué ciega! Lo mismo que el amo. ¡Pobre amo! ¡Pobre amo!

La señora quedó sin marido; la hacienda, sin señor. El hijo único del primer Arruezo era muy niño: tenía doce años. Las hembras, todas ellas mayores, habían muerto. Y como la hacienda necesitaba un nuevo señor, y el niño, un padre, el ama se casó con Alberto, primo hermano de Arruezo, al cabo de un año de haberse quedado viuda.

La hacienda marchó porque Cadio se ocupaba de ella. El nuevo patrón amaba más la holganza que el trabajo. Tenía un caracter jovial, bromista, dicharachero, despilfarrador, y sus energías se desbordaban en festejos y en alardes deportivos. Y con el tiempo se fijó en que la poza verde del *lunuk* podía ser una maravillosa laguna para competiciones de natación.

El árbol había vuelto a brotar, más frondoso y más lozano, después de la tremenda poda que se le hizo al talarlo, dejándole sólo parte de su tronco, y su ramaje sombreaba la rebalsa con un toldo verde natural.

Está sucia —le decían los hombres de la hacienda, y, además, los pies se enredan en las raíces del *lunuk*.

—La mandaré limpiar y quedará muy bien —respondía, optimista, el amo Alberto.

Esta vez no fue Cadio quien diese la voz de alarma respecto al peligro de turbar la morada del *tamao*. Acostumbrado a la

laboriosidad del antiguo señor, no miraba con buenos ojos la holgazanería del de ahora; la boda con la señora también le fue dolorosa, porque quería al niño. Y al verle despilfarrar la fortuna del pequeño, pensaba muchas veces que sería una gran suerte el que Dios se llevase a su padrastro.

Por eso calló. Pero otros le advirtieron que el *tamao* tomaba venganza en quienes estropeasen su morada.

—Si le voy a hacer un favor limpiándole los alrededores y afeitando un poco sus raíces —decía con desenfado, en son de broma.

—Las raíces precisamente son la visera de la entrada a su reino subfluvial; detrás de ellas debe estar la grandiosidad cavernosa de las estancias negras. No toques el *linao*[4], Alberto —le aconsejaban.

Pero ahora, como entonces, el amo se rió; trajo un buzo de Ilo-Ilo, que se hundió en las profundidades, dragó el fondo y recortó el flequillo flotante entre dos aguas de la poza.

Alberto entonces preparó los espectáculos, encargó bebidas abundantes, mató lechones, corderos y terneros y buscó cocinero nuevo que guisase con más maestría que el antiguo de la casa.

Y así, de jolgorio en jolgorio, de embriaguez en embriaguez, se pasaron unas fechas.

Los hombres de la hacienda también se emborracharon el día de la gran fiesta, el de la patrona de la finca, con la cual se cerraba el ciclo de los festejos. Y aquella noche el cocinero nuevo, saturado de aguardiente, llegó tarde a la casa para preparar el banquete. El amo Alberto le salió al paso y le insultó groseramente al propio tiempo que le cruzaba la cara con un látigo.

El cocinero sacó del bolsillo una navajita sin importancia

[4] Remanso, rebalsa.

y se la clavó en el pecho al señor. Apenas tenía cuatro centímetros de largo, pero un punto de su extremo alcanzó el corazón de la víctima.

Y antes del amanecer, la señora quedó viuda por segunda vez. El *tamao* se había vengado.

Dos años estuvo Alberto casado con el ama, y durante ese tiempo el caudal del primer Arruezo quedó muy mermado por el exceso de gastos y mínimo de laboriosidad. El niño, último de la línea Arruezo en Filipinas, tenía ya cerca de quince años. Era robusto, audaz, valeroso y amante de su madre y del cabo Cadio. Éste había prolongado en el heredero, Fermín, la veneración que saturó su alma por el padre. Y le enseñó a cazar, le explicó las faenas del campo, la elaboración del azúcar, el modo de combatir la langosta y demás plagas, la manera de canalizar para que las aguas estancadas no pudriesen las raíces, el golpe de arado que había que dar para arrancar efectos distintos, según las necesidades de tiempo y de crecimiento; todo, en fin, lo que pudiese hacer del muchacho un buen hacendero. Y para su diversión, le instruyó del modo que se hacían trampas para los pájaros y los gatos monteses; cómo se atrapaban los lagartos de río y de campo, el truco que se empleaba para coger a los monos por el procedimiento del coco atado a la rama de un árbol; cómo copar las *mayas* en su nido y cazar los *pitaos*[5] con antorchas por la noche, y al cocodrilo con el ladrido de un perro, y al jabalí y al murciélago de los montes altos.

Le señaló dónde estaban los peligros, los naturales de la vida y los sobrenaturales de los mundos ocultos. Y con frecuencia, le hablaba del *lunuk*, misteriosa guarida del *tamao* pérfido y vengativo, que guardaba, además, agravios

[5] Pájaros de tamaño regular, comestibles.

contra su padre, contra su familia, contra la sangre que corría por sus venas.

—No, nunca, Fermín, nunca te acerques a él siquiera. No te bañes a una distancia menor de quinientas brazas del *linao*. Aunque te he entrenado diariamente para hacer de ti el mejor nadador de la isla, en el *linao* del *lunuk* te ahogarías irremisiblemente.

Y en las horas más medrosas de las noches oscuras, en las fechas fantasmales religiosas, como el día de las Ánimas, durante los comentarios en torno a crímenes o sucesos misteriosos, en los epílogos luctuosos que sucedían a grandes catástrofes sísmicas o meteorológicas, tifones, riadas, terremotos, Cadio aprovechaba el fenómeno psicológico del miedo para hablar al muchacho del *tamao* y del *lunuk* e inculcar en él un terror desmesurado hacia el lugar y el duende.

Además de temer al espíritu maligno, Cadio ahora tenía miedo a la tradición. Pero su obra se fue consolidando: Fermín adquirió la obsesión del *lunuk* y del *tamao*. Y aunque callaba su terror con el pundonor del hombrecito que era ya, esquivaba el lugar. Con ello también daba gusto a Cadio, a quien adoraba, porque el cabo, cada día más compañero, más maestro y más protector, le quería como a un hijo propio. Y le llamaba *Nonoy*, el Nene. El Nene, a los cinco años; el Nene, a los diez; el Nene, ahora que ya tenía quince. Y el Nene hubiera seguido siendo si la vida no hubiese abierto una laguna entre el cabo, fiel, leal y abnegado, y el heredero, hecho hombre, jefe de la familia, amo. Sin embargo, Cadio no sabía aún lo que el destino le reservaba de amargura y decepción en sus relaciones con el *Nonoy*. Ahora era feliz, porque le quería, porque se sentía correspondido por el muchacho, admirado por el niño, respetado por el futuro amo de la hacienda. Y siempre a su lado, pensó que los días

risueños iban a ser eternos, que la vida se iba a estancar precisamente en esa época de felicidad, de bienestar, de paz. Y sin embargo, llegó un día en que el muchacho hubo de separarse de Cadio para enviarlo a la capital, a Manila. Debía estudiar el bachillerato y una carrera después. En vano Cadio quiso disuadir a la señora de enviar el chico al colegio; no le hacían falta los libros ni las ciencias para ser un gran agricultor, para ganar el dinero a manos llenas.

Pero la señora rechazó suavemente las insinuaciones del cabo y le recordó cuántas veces su padre había repetido y exteriorizado el deseo de que el chiquillo fuese un hombre de carrera.

Y Fermín se fue. Las nostalgias de la tierra y de la hacienda pusieron pesos de angustia sobre su pecho infantil. En los atardeceres, mientras el crepúsculo inundaba de una luz amarillo-rosada el salón de estudiar, Fermín entornaba los ojos con tristeza sobre el libro abierto, sin ver nada, sin leer nada, con la imaginación muy lejos vertida sobre los barbechos erizados de *sensitivas* de espina, derramada a través de los *tigbawales* moteados con nidos de *mayas*, bañada en el agua riente y rumorosa del río, o afanada en el trajín del *camarín* de la molienda; en los apresuramientos de la amplia plaza cubierta con el *bagazo* de la caña, *bagazo* que había que dejar secar y recoger antes de que el gran chaparrón tormentoso lo humedeciese dejándolo inservible, unos días, para los hornos que habían de cocer el zumo de la caña. También se acordaba de las noches de luna, cuando le dejaban jugar hasta muy tarde con los muchachos del caserío, de los cuidados de su madre y de la compañía constante casi siempre simpática, tierna, abnegada, del cabo Cadio. ¡Quién le pudiese transportar a aquella casuca de *nipa* del servidor para escuchar de sus labios los cuentos malayos de duendes y guerreros, mientras

le invitaba a un trago de *tubalina*[6] o al manjar de la carne azucarada del coco tierno seguido de sorbos de su propia agua, bebida en la cáscara pulimentada de otro coco, que hace entre los indígenas las veces de vaso. Y oírle, acompañado por la guitarra, cualquier canción en tono menor, típica de la visaya, o el *daigon*[7] melodioso de los días de Navidad. Cuando oscurecía y el profesor encendía la luz, Fermín no había estudiado nada; sus ojos parpadeaban sobre el brillo triste de la lágrima retenida, enrojecidos por el esfuerzo por no llorar. Su llanto quedaba para la noche, para la almohada caliente de los lechos tropicales, enjaulados por el mosquitero, cuyos mil ojos miraban los suyos arrasados en lágrimas.

Pasó el tiempo, se fue haciendo a su vida nueva, contrajo amistades, se espaciaron sus crisis nostálgicas, estudió, tuvo buenas notas, ganó premios y regresó al hogar para las vacaciones largas.

Y así otro año y otro, y otros más. El muchacho se fue refinando, se fue sintiendo señor, se dio cuenta del puesto que ocupaba en la vida, y aquel *Nonoy* de ayer iba siendo para Cadio cada vez más amo, cada día menos hijo, menos compañero, menos amigo. Su juventud tuvo la culpa; la vida, verdugo siempre del corazón, del bueno, de la sencillez, de la abnegación, a Cadio, como a tantos otros, le jugó esta mala pasada. El arrimo sencillo que ayer buscaba el muchacho en él era desdoro hoy. Cadio no podía ser ya más que un servidor, y como a tal había que tratarle. El señorito, con su ciencia, con su occidentalismo, con su elegancia, con su destreza en los deportes, desde su puesto de mando, como dueño y señor, no podía tener ante el viejo empleado más que un gesto de autoritarismo complaciente, pero siempre guardando las

[6] Secreción líquida del tallo de la flor del cocotero, usada como bebida.

[7] Canción de Navidad.

distancias. También se impuso sobre su madre como un ser superior. ¡Ah!, comenzaba a vivir; su camino eran sus sueños, y los sueños del que empieza son pistas amplias, llenas de sol, de colores, de promesas, fáciles de andar. Toda su hombría, toda su virilidad, eran un desafío al mundo, un torrente que inundaba las planicies, se encaramaba por las laderas, remontaba las cumbres y no llegaba al sol porque la juventud resbala mejor sobre la tierra que a través de los espacios hacia el cielo. Y su madre, con su cariño humilde de mujer cristiana, le admiraba, reconociéndole el derecho a ser así, porque ante sus ojos el hijo se lo merecía todo.

Pero el cabo Cadio sentía la amargura del desdeñado, del desapercibido, del que quedó relegado al olvido por imposiciones de la vida, a pesar de haber sido él quien le enseñó a trepar para encaramarle hasta las alturas.

Bien estaba, bien estaba, porque, de momento, no tenía remedio el caso; pero cuando el mancebo volviese de su viaje por el mundo de los ensueños al de las realidades, Cadio, lleno otra vez de autoridad, habría de darle la lección dura del llanto de su corazón, de sus heridas abiertas, de la amargura que la ingratitud deja en ellas por el pecado inconsciente e inevitable de ir ya cara al ocaso, sin haber escalado más cúspides que las de la rectitud, el trabajo y la lealtad. Bien estaba el vuelo irrefrenable del mozo, bien por hoy; pero mañana...

Terminó la carrera. Antes se enamoró de una mujer, más occidental, más alta en la escala social, casi fuera de su alcance.

Era la hija del Gobernador español de las islas, nacida de una gran familia, elevada en su alcurnia, indomable en el orgullo de su apellido, arruinada. Y sólo por una gran fortuna hubieran sus padres hipotecado la gloria de su nombre, la pátina vetusta de sus pergaminos, el escudo granítico y secular de su casa. La fortuna habría de ser grande para comprar todo

eso. Fortuna que Fermín no poseía. Porque su hacienda seguía mermando, no por falta de labor y esfuerzo, menos aún por ausencia de maestría o técnica en el cultivo, no; es que los tiempos habían cambiado. Cada día llegaban españoles nuevos a las islas en busca de fortuna, los naturales también habían aprendido a labrar, a elaborar, a vender; la competencia, en fin, reducía las ganancias, todavía pingües, pero ya no fabulosas.

El heredero gastaba mucho en su afán por brillar, por aparentar, por deslumbrar. Y ésta era la primera vez que Fermín conocía el tropiezo, veía alzarse contra él un obstáculo, presentía dolorosamente el fracaso.

¿Qué le importaba a la noble muchacha y su orgullosa familia la hacienda grande y la otra pequeña que el pretendiente tenía en Negros? ¿De qué le servía el insignificante lustre de que Fermín pudiese pertenecer un día a la aristocracia colonial de un país oriental y exótico si esa aristocracia habría de estar integrada por individuos venidos de otros, cuyas cunas humildes, villanas muchas, radicaban en la metrópoli? Hombres del campo que llegaron al Oriente remoto en busca de fortuna, sin más bagaje que su fortaleza física y el anhelo tenaz de su voluntad. Analfabetos muchos, sin instrucción, sin refinamientos, convertidos en señores de la noche a la mañana por el arte de birlibirloque de su raza aria, de su color blanco transplantado a la tierra morena de Malasia; detalle del color que borraba las inferioridades de nacimiento, cultura y señorío. Porque el español con categoría social más elevada tenía que hacer de todo blanco un ídolo ante los indígenas, y en el remoto país colonizado habían de borrarse las distancias y transigir con las desigualdades por motivos de unidad frente al colonizado. El de condición más alta se veía obligado, por patriotismo, a admitir la amistad y estrechar la mano del campesino, del palurdo, del gañán, para borrar diferencias y dar la sensación

de una superioridad única de la raza. Por otra parte, el afán de camaradería en un ambiente falto de otra sociedad, la nostalgia de la patria lejana y el lazo común de una misma misión colonizadora eran ataduras secundarias que también ligaban.

Pero ella era de allá, de Europa, de aquella tradición, de aquella alcurnia, de aquella esfera occidental, que sólo perdonaba cuando se podía borrar la murmuración con oro, con opulencia, con poder. En Manila misma, los verdaderamente suyos, los pocos señores, hubieran juzgado mal tal enlace. En la metrópoli no se lo hubieran perdonado.

A Fermín le parecía mucho más doloroso su fracaso, porque no comprendía. Encerrado y educado en el círculo reducido de las islas, lejanas, primitivas, donde él era uno de los privilegiados por su nacimiento y por su fortuna, su mentalidad no alcanzaba a medir y valorar el contenido de una genealogía, el brillo de lo vetusto, de lo arcaico, de lo rancio, de lo tradicional en materia de cuna, familia y nombre. No, ésos eran valores para los pueblos que ya trasmontaron la cumbre de las edades, para los que habían de mirar hacia atrás, porque el poco camino que les quedase delante les causase tristeza; para los que, a falta de porvenir, habían de fraguar su inmortalidad en el recuerdo, condensar su aspiración a lo perenne, en una página de historia.

Pero él, Fermín, pertenecía a un país niño todavía, indeciso de paso, balbuciente de habla, con los afanes naturales por lanzarse al movimiento y a la expresión, con la mirada muy lejana, oteando caminos sin fin perdidos en horizontes infinitos; país con toda una vida por delante, y no comprendía por qué y cómo se puede caminar llevando la cabeza vuelta hacia atrás, ni qué importancia podía tener en el afán de la existencia un abuelo más o menos remoto, una casona crujiente, reseca y patinada, un lienzo con una historia gráfica o la elasticidad de un mismo

nombre estirado a través de los siglos. Él, inteligente, que había cursado estudios con brillantez, conocedor de la filosofía de los tiempos, no alcanzaba a asimilar esa otra ciencia occidental de las castas, las alcurnias y las oriundeces, ni menos aún explicarse cómo podía ser obstáculo entre corazones jóvenes, cómo podía ser motivo para que una mujer, aunque fuese hija del gobernador español, desdeñase a quien como él era uno de los hombres más codiciados por las demás señoritas de la sociedad de Manila. No lo comprendía, pero la realidad era así. Luisa, que de este modo se llamaba la dama de sus ilusiones, se mostraba risueña, cortés, gentil, simpática, angelical...; pero llegado el momento de la declaración de amor, siempre decía que no podía ser. ¿Por qué? ¡Ah! Las mujeres tienen motivos que pueden callar, sin que el caballero tenga derecho a exigir que los explaye. Hasta que un amigo —quizá más amigo de ella que de él— le explicó lo que podrían ser las razones para una negativa, y añadió:

—Si tú poseyeras una inmensa fortuna, probablemente los papás variasen su punto de vista...; desde luego, sólo esto los haría cambiar.

—Pero ella, pero ella, ¿cómo se resigna? ¿Es que no la gusto? ¿Es que no me quiere?

—Quizá te quiera, pero el modelo de hija buena exige que ésta se case de acuerdo con sus padres, ya que se debe suponer que éstos no deseen más que el bien de las hijas. Es la moral de nuestro tiempo.

Y Fermín calló. Pero fue madurando un proyecto; primero, acorralar el corazón de Luisa hasta hacerle hablar de verdad de su interior; segundo, si esta verdad ofrecía posibilidades, arrancarla una promesa de espera, y tercero, trabajar con todos los afanes de su hombría para reunir la fortuna necesaria. Cambió. De dicharachero, jovial, botarate que era, se tornó serio, taciturno a ratos, reflexivo, maduro.

Malacañang[8] encendió las luces de su palacio y de sus jardines el día de Santiago, el Apóstol. La colonia española, y con ella la buena sociedad filipina, celebraba la fiesta del Santo Patrón de España. Por la mañana fue la misa, el *Te Deum* y la recepción en palacio. Por la noche, el gran baile de gala.

El nombre de Fermín aparecía repetido en el carnet de Luisa. Mazurcas, *schottises*, valses, rigodones, lanceros[9]; más mazurkas, más schottises, más valses, y la noche se empezó a cansar. Caliente y sudada, le molestaron las luces y quiso salirse de los salones en busca de la humedad del río, del fresco de los jardines. Los bancos moteaban el césped con guiones blancos, marcando el límite entre el parque y la orilla del Pasig. Luisa y Fermín se sentaron junto a dos arbustos de *gumamelas*[10] dobles, los pies perfumados por las matas de *camias*[11]. Había otros aromas en los macizos, las *sampaguitas*, las gardenias, los *kamunings*, todo el blanco oloroso del trópico. Las aguas, abajo, estaban oscuras y quietas, soñando ya con el mar o enamoradas de la quietud de las orillas. Y en frente, nada: el misterio de la noche y el eco de los violines incrustando somnolencias sensuales en la floresta. O efluvios de admiración en el alma ingenua y primitiva de las chozas indígenas, que miraban con sus ventanas de párpados pajizos las maravillas del otro lado. Arriba las estrellas; tantas,

---

[8] Palacio residencia de los gobernadores en Manila, situado a orillas del río Pasig.

[9] *Todos ellos bailes de salón habituales en las fiestas de la aristocracia. El vals es el más antiguo y famoso, de compás tres por cuatro y de origen alemán. La mazurca es de origen polaco, parecido a la polca, se considera un baile complicado y difícil de aprender; su compás es de tres por cuatro o tres por ocho. El schottische está también relacionado con la polca, su compás es de dos por cuatro. El rigodón y el lancero son contradanzas de origen francés.

[10] Gumamelas, camias, sampaguitas, gardenias y kamunings: Flores de Filipinas, las cuatro últimas blancas y de olor intensamente perfumado.

[11] *En la ortografía actual escrito *kamias*, su nombre científico es *averrhoa bilimbi*. Es un árbol pequeño que tiene unas flores de agradable fragancia. Su fruta es comestible y es muy utilizada por sus propiedades curativas, así como también sus hojas.

tantas, que más que un cielo tachonado, parecía un lienzo espolvoreado con arenas de oro.

En este ambiente acogedor de poesía íntima, captadora de voluntades, Fermín comenzó su asedio. El enemigo le era propicio, porque el cansancio le alentaba a rendirse, y así, poco a poco, con toda suavidad, Luisa fue descifrando el secreto primero, hizo promesas después y se doblegó, finalmente, en un juramento de amor. Le había amado siempre. Quizá no sabría ya amar a otro ninguno. Pero habían sellado sus labios deberes filiales, y ahora tenía que sellar su corazón por idéntico motivo. Dentro, sin embargo, quedaba él, Fermín. Esperaría hasta que Dios quisiese cambiar la situación. Su alma, saturada de emociones, pletórica de amor, henchida de impresiones, impregnada de tristeza, estalló, al fin. Y la noche vio rodar unas lágrimas por sus mejillas que traicionaron su intensa pasión. Fermín las enjugó y por ellas juró hacerse un nombre y una fortuna. Las aguas del Pasig recogieron juramentos y sollozos, lágrimas y promesas. Y el río abajo, hacia el mar, la corriente los llevó.

Fermín regresó a la hacienda con grandes proyectos. Saludó a Cadio muy afectuosamente y le anunció que venía a trabajar sus tierras, a explotarlas racionalmente, a sacar de ellas todo el provecho posible, a organizar la industria, a hacerse rico.

Cadio callaba.

—Mañana mismo vamos a recorrer la hacienda. Madrugaremos para no cansar a los caballos con el calor.

—¿A qué hora salimos? —preguntó Cadio.

—A las cinco.

Y el amo con su cabo inspeccionaron la llanura hasta llegar a una extensión grande donde todo era *cogonal*[12].

[12] Lugar donde crece el *cogón*.

—Y esto, ¿no se siembra nunca, Cadio?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque el suelo es pobre y daría poco provecho. Es tierra de pastos y de *palay*.

—¿Habéis probado abonarlo?

—No, señor.

—Toma nota, Cadio. Que metan los arados en seguida, y cuando el campo esté limpio que le echen estiércol.

—El acarreo del abono va a costar un dineral —objetó Cadio.

—Haz trabajar duro a tus hombres; engáñalos con aguardiente, promételes baratijas, fiestas..., lo que quieras, pero hazles trabajar. Necesito ser rico, necesito ser rico —repetía nervioso.

Cadio, silencioso dudaba del éxito. Y luego se preguntaba: "¿Qué falta le hará ser más rico?"

Se desmochó el terreno, se aró, se abonó..., se sembró. Los gastos subían, subían. Más puntas, más carros, más ganado, más hombres. Pero como el año vino bien de agua y de sol, la cosecha fue abundante.

Fermín entonces encargó una maquinaria nueva, de mayor capacidad, más moderna. Se araron nuevas tierras, se trajeron abonos mejores, se sembró mayor extensión.

El cabo Cadio callaba, callaba y trabajaba. Pero sabía que si el tiempo venía torcido, que si la langosta entraba no habría defensa posible para aquella extensión de terreno pobre. El tiempo no se torció, ni la langosta vino. Y la cosecha fue buena.

—Ves, ves —le decía Fermín al cabo—, ves como tengo razón. ¡Qué dos cosechas, Cadio, qué dos cosechas!

—Me alegro, señor, me alegro; pero haríais bien en canalizar todo el terreno nuevo que habéis sembrado.

—Qué disparate, Cadio; eso costaría un dineral.

—Sí, señor; pero ved que si lloviese mucho, las raíces se pudrirían y habría que tirar la caña.

—No lloverá, Cadio; no lloverá.

Estaba optimista en sumo grado. Si seguía así, pronto podría comprar otra hacienda, y luego, otra..., y otra..., y entonces..., Luisa.

Llegó una carta. Su novia regresaba a España. Habían depuesto a su padre. Vendría otro gobernador. La familia tornaba a la patria. Fermín tuvo que marchar a Manila. La despedida selló otro juramento: le esperaría tres años, pero seis meses antes de cumplirse el plazo, él, Fermín, tendría que estar en España.

Cuando regresó a la hacienda Fermín se sintió solo, desgraciado, desalentado. Y regó con melancolía sus afanes. Quiso abarcar más y visitó la hacienda pequeña del monte. Sí, era pequeña, pero ¡qué tierras más feraces! Allí no hacía falta sembrar más que cada tres años. Se cortaba la caña y volvía a brotar robusta y lozana. Con sólo unas vueltas de arado y algunas labores para limpiarla de hierba se llegaba a la siguiente cosecha. Ni abono, ni roturación, ni siembra. Pero estaban cultivados sólo una tercera parte de los terrenos. Lo demás era bosque. Habló con Cadio otra vez.

—¿Por qué no desmochamos esos montes y plantamos caña?

—Amo...

—No me llames amo, Cadio —interrumpió Fermín—; llámame como antes: Fermín, o señorito Fermín si quieres.

A Cadio se le inundó el corazón de luz hasta olvidarse casi de los agravios pasados. Pero se guardó la alegría y contestó respetuoso:

—Bien, le llamaré señorito Fermín.

Al mismo tiempo pensaba: "Si todo hubiera ido a mi gusto, yo le llamaría como antes: *Nonoy*".

Fermín cortó sus pensamientos:

—Y ¿qué me decías?

—Decía que estas tierras no se pueden labrar, porque nadie querría trabajarlas a jornal. Se cogen las calenturas, la malaria, y los hombres se mueren.

—Sin embargo, aquí hay tierras sembradas ya —objetó Fermín.

—Se dieron en arriendo o en aparcería, casi regaladas, y aún así no fue fácil encontrar quien las quisiese trabajar. Su padre dejó de buscar aparceros porque se morían muchos, y un día me dijo que prefería no hacer dinero a ser responsable de esas vidas.

Fermín quedó callado y pensativo.

—¿Mi padre decía eso? —murmuró al cabo de un rato.

—Su padre era un gran corazón, señorito Fermín.

—Cadio —dijo excusándose—, es que mi padre no necesitaba ser rico para su felicidad, pero a mí me es imprescindible hacerme millonario.

—No comprendo —replicó Cadio entristecido.

—Quizá no comprendas nunca; yo tampoco comprendía, pero aún sin comprenderlo, es imprescindible que me haga inmensamente rico. Por encima de todo, Cadio, búscame aparceros, arrendatarios, lo que sea. Hay que talar esos bosques, hay que sembrar esas tierras, son las únicas que pueden enriquecerme rápidamente.

—¿Y las vidas de los hombres, señorito Fermín?

—¿Y la mía, Cadio? ¿Te importan más sus vidas que la mía?

A Cadio le dieron ganas de decir: "Me importa más la tuya que todas las demás juntas". Pero no podía perdonar tan pronto sin que el mozo supiese siquiera parte de lo que había sufrido con su conducta.

—No veo que le pueda ocurrir nada grave a su vida porque la hacienda no tenga labradas todas sus tierras. Hasta ahora habéis vivido bien con lo que teníais.

—Si es que tú no sabes, Cadio, que si no me hago rico, una mujer no se casará conmigo.

—Hay muchas mujeres en la tierra, y la que conviene a un hombre es la que se casa por amor.

—Tienes razón: anda, vamos a descansar un rato y a dar de beber a los caballos —cortó Fermín sintiéndose incomprendido.

Y suspiró profundamente.

Bajaron al río, se sentaron a la orilla mientras bebían las caballerías: Fermín se quitó el *salacot*[13], lo colgó de sus rodillas, se limpió el sudor de la frente y volvió a suspirar. Sentía necesidad de aliviar el peso de su corazón en una confidencia, necesitaba compartir su pena con otro ser que le amase, con un amigo que le comprendiese, y ya lo hubiera hecho con Cadio si él, el señorito, no se hubiera elevado tanto por encima del cabo, sembrando distancias verticales, con gestos autoritarios, indiferencias y olvidos. Ahora no era tan fácil descender rápidamente al calor del corazón del cabo fiel. Sin embargo, Fermín retornaba inconscientemente a la vida sencilla; juzgó una infidelidad toda expansión galante, y automáticamente huyó de las fiestas, de las reuniones en las demás haciendas, donde se bailaba, se bebía y se hacía el amor a las muchachas casaderas. A Fermín le invitaban en un principio, luego le reprocharon su alejamiento, y poco a poco ante sus negativas o ausencias, por despecho unas veces y por exceso de dignidad otras, se prescindió de él.

Ya no era el hombre del día; dejó el lujo de los caballos e hizo caso omiso de la moda. Indudablemente, y por causa de

[13] *Sombrero de paja de forma elipsoide que permite la transpiración.

aquella mujer, Fermín se convertía en un vulgar provinciano trabajador y huraño.

La mujeres, si eran frívolas, se reían de su debilidad, y las más románticas envidiaban el destino de aquella otra capaz de absorber de ese modo la vida de un hombre.

Y llanamente, Fermín se fue identificando con la tierra, con el campo, con el trabajo y con el cabo Cadio. Pero no se atrevía a abrirle de par en par su corazón. Por eso, después de un rato, de haber descansado sobre la ribera, volvieron a montar, y despacio, bajo el calor, en silencio, regresaron a casa. Al despedirse del cabo le dijo:

—No te olvides, Cadio; búscame gente que limpie aquellas tierras, aunque sea en condiciones excepcionales. Traeré mucha quinina y la tomarán todos para prevenir, para curar.

Una sonrisa amarga y escéptica frunció la boca del cabo. Al amo había que librarle de un segundo hechizo. Ya no era únicamente la amenaza del *tamao* resentido, condensando agravios, el enemigo de su vida y de su felicidad. También existía otro fantasma, otro poder sobrenatural, acechando en la ausencia y la distancia, con las garras curvadas sobre el corazón de Fermín. Y contra todo, sólo Cadio, el labrador llano de la planicie tropical, el hombre de color, sin recursos, sin apoyos raciales, sin cultura, sin occidentalismo; el hombre niño del país joven, desprovisto de repliegues espirituales, de prevenciones hereditarias, de sabidurías populares, de picarescas atávicas. Él sólo, desnudo e ingenuo a la luz del día, contra todos.

Fermín había incluído en el entierro de muchos de sus recuerdos infantiles aquel *lunuk* del río, morada del *tamao*, que, según Cadio, asesinó a su padre y a su padrastro; había olvidado todos los miedos, todas las advertencias del servidor y hasta olvidó la vereda entre el cañadulzal y el borde alto de la ribera por la cual se iba a los pastos del Calatcat, pasando

debajo del ramaje del frondoso árbol. Y como lo había olvidado, no se dio cuenta de que tal vereda había dejado de existir. Al Calatcat se llegaba ahora por otro camino, estrecho, entre dos campos de caña, que arrancaba de la calzada principal, quinientos metros más allá del puente, y acababa en las mismas lindes de la tierra labrada con el terreno baldío de los pastos, entroncando en la vereda antigua, a lo largo de la ribera, pero muy alejada ya del árbol peligroso. Todo ello había sido obra de Cadio. Borrando el camino no había riesgo de que Fermín pasase junto al *lunuk*, de que Fermín se diese cuenta que debajo de su ramaje la tierra no se sembraba. Y los hombres de la hacienda agradecieron esa nueva ruta porque les evitaba el tener que pasar también junto a la morada del *tamao*, cada día más temido. Fermín, afanado en sus trabajos, inmerso en sus preocupaciones, cavilando siempre medios con que enriquecerse y ensoñando durante las pocas horas de descanso los momentos vividos junto a su amada, no se dio cuenta de que ahora tenía que rodear más para ir a las tierras recién sembradas del Calatcat; no se había percatado que seguía una dirección sesgada, con la cual quedaba partido en dos un hermoso campo rectangular; no recordó que en cierto lugar de la ribera existía aquel árbol, habitado por un ser temible, cerca del cual había pasado siempre un terror. No, aquello quedó borrado, y el cabo se libró muy bien de traerlo a su memoria. Había pasado ya tanto tiempo, que hasta el mismo Cadio comenzó a olvidarse del *lunuk*, recordando al *tamao* sólo cuando por su mente cruzaba el peligro de aquel otro ser, hermoso, lejano, que era la novia de Fermín y de la cual había también que librarle. Pero los caminos que conducían a ella no los podía eliminar Cadio. Confiaba en el tiempo. Quién sabe si, una vez enriquecido, el muchacho llegase a considerarse tan superior, que aspirase a tronos más elevados. La esperanza se agarraba ingenuamente

al corazón de Cadio, y sus afanes tenían paralelo con los de su amo, porque veía que, efectivamente, el tiempo les ayudaba, las plagas eran escasas, los campos rendían. Fermín se convertía en el gran hombre audaz en experimentos nuevos con la tierra, inteligente, triunfante, ganador del respeto, no sólo de los más viejos agricultores de la comarca, sino de los financieros extranjeros, que daban capital prestado, cobrándose con el azúcar que luego exportaban a sus países. Fermín no tenía más que pedir y se abrían todas las cajas; su crédito personal era ilimitado, y así, había podido montar una maquinaria nueva en la hacienda antigua, había adquirido nuevas tierras y formado otra hacienda pequeña, a la cual trasladó la maquina vieja de la finca grande; y allá en el monte, aprovechando una caída de agua, instaló un molino hidráulico. Con todo esto respondía ante sus acreedores de las deudas adquiridas; pero más que con las posesiones, su personalísimo valer era la mejor garantía de sus prestamistas. Cadio, generoso y leal, pensaba que él, con toda su experiencia, se había equivocado y que el amo Fermín era un genio ante el cual tenía que bajar la cabeza. Y como le veía cada día menos taciturno, más dinámico, más optimista, humano, en fin, se llegó a hacer la ilusión de que su prosperidad, en complicidad con el tiempo y la ausencia, le iban alejando poco a poco de aquel embrujo de amor, de aquella mujer peligrosa. ¡Ah! También este fantasma se iba desvaneciendo, y con esta esperanza Cadio procuraba allanar todo obstáculo y resolver todo problema, porque el éxito se le antojó arma mejor para vencer la pasión de Fermín que el fracaso con que soñara antes. Y siempre a su lado hacía las jornadas, bajo la lluvia y el sol, por los caminos y las veredas de las llanuras. Aún no había llegado la hora de las confidencias, pero el cabo sabía que un día cualquiera le hablaría ya abiertamente de todo cuanto había en su corazón, porque otra vez, como antaño, Fermín

era un compañero, un amigo, un hijo. Y así, en un atardecer, cuando regresaban ambos a caballo de las tierras —por pobres y por baldías más cuidadas y más visitadas— del Calatcat, a lo largo del camino diagonal que los alejaba del *lunuk*, cañadulzal a su izquierda, barbecho a su derecha —ese año el campo triangular descansaba—; cuando, cumplida la jornada, regresaban confiados, en abandono de músculo y preocupación, a paso lento, puesta de sol policromada y romántica sobre sus pensamientos, encantamiento del atardecer en la atmósfera diáfana, quimera de silueta sobre los cielos aún claros, olvido, ensoñación, transporte del alma, a otra vida abstracta del más allá y del no se dónde..., de pronto, un ruido en las cañas, y el caballo de Fermín, parándose de repente, volviendo bridas después y en carrera loca a través del barbecho, enloquecido y desbocado, hasta llegar a un círculo sombreado por un ramaje tupidísimo, derribó a su jinete y volvió a pararse en seco. Y fue entonces cuando Cadio, olvidándolo todo, levantó a su señor del suelo, preguntando, solícito y asustado, por el daño que le podía haber causado la caída.

—No me pasa nada, no me pasa nada, Cadio.

—Ande un poco, señorito Fermín —suplicaba, dudando el cabo.

Fermín, sacudiéndose el polvo, anduvo unos pasos cojeando primero y más erguido después para demostrar a Cadio que estaba bien.

—Gracias a Dios —exclamó éste tranquilizándose.

—Gracias a Dios, sí; pero, dime, ¿no es éste el *lunuk* de la orilla del río?

—Sí, señorito —balbuceó, pálido y confuso, el servidor.

—Pues no comprendo cómo se llega aquí por ese camino, y menos aún por qué está todo este terreno con la yerba crecida, sin los surcos de una tierra cultivada.

—Ya se lo explicaré más tarde; ahora vámonos de prisa de aquí —rogaba Cadio, asustado otra vez y no por la caída, sino por el duende.

—Me lo vas a explicar ahora mismo. De manera que estás viendo mis fatigas, mis esfuerzos, mis desvelos por aumentar la cosecha, por extender las siembras y te dejas aquí baldío casi medio campo porque tienes miedo a un *tamao*.

—Es inútil sembrarlo; la caña no crece.

—Pues corta las ramas que la quitan el sol.

—Eso jamás —replicó, enérgico, el cabo.

—¿Cómo te atreves a contrariar una orden mía? —interrogó Fermín con aire de superioridad.

—Porque de esto entiendo yo más que el señorito.

—Nunca te he visto así de insolente —respondió, asombrado, el amo.

—Insolente, no; pero en este asunto tengo que imponer toda mi autoridad. Con tu padre rogué y no se me hizo caso. Y tu padre murió. Ahora no voy a rogar. Yo, Fermín, te he visto nacer, te he criado; he sido, más que un servidor, un padre para ti; he sufrido cuando te desviaste de mi afecto, cuando te alejaste fríamente de mi custodia, de mis desvelos, de mi cariño, tratándome como a un simple empleado; lo sufrí todo y continué sirviéndote en silencio. Pero ahora no voy a soportar ni a consentir que busques tu perdición. He de intervenir en esto. El *lunuk* no se corta, porque lo defenderé yo con mi propia vida para que ella salve la tuya; y si en nombre de lo que he sufrido con tu desvío y lo que he luchado por tu prosperidad y lo que me he sacrificado por hacerte un hombre modelo no escuchas y atiendes mi ruego, tendrás que quitarme de en medio para satisfacer el capricho de cortar ese árbol.

Cadio estaba llorando esta vez también. Fermín presintió sus lágrimas en lo ahogado de la voz, pues había oscurecido y

apenas se veía bajo el ramaje del árbol. Asustado por la energía del cabo y emocionado ante aquel cariño, todo abnegación, que se rebelaba sólo para salvarle, Fermín tiró de las riendas de su caballo, montó y partió al galope. En ese momento crujieron medrosamente las ramas del *lunuk*. Cuando llegaron a casa, Fermín se despidió de Cadio con un abrazo. Y no se volvió a hablar del asunto. Únicamente le exigió que se volviera a abrir la senda que bordeaba el río y tornase a su estado primitivo el campo que quedaba a su derecha con el fin de evitar el rodeo en la ruta al Calatcat.

Cuando, unos meses después, Fermín pasaba con Cadio por esa vereda iba aquél leyendo al cabo la última carta que había recibido de su novia. Tal como Cadio lo había previsto, Fermín ya no tuvo secretos para él y fraternalmente comentaban la correspondencia de España. Pero la novia había comenzado a estar celosa del cabo, y luego que Fermín le relató lo sucedido debajo del *lunuk* la tarde que se cayó del caballo, ésta contestó a su novio que no debía dejarse llevar de la superstición de un hombre de color, por más afecto que le profesase, ya que tales supercherías constituían un pecado y decían poco de la cultura de un europeo.

"Por lo tanto, debes eliminar el árbol; o, al menos, el ramaje que estropea tus sembrados, sin vacilación alguna. Lo contrario me disgustaría."

Mientras leía este párrafo de la carta, los dos hombres cruzaban la sombra del *lunuk*. Cadio torció el gesto y permaneció callado. Al cabo de un rato, Fermín le tranquilizó:

—No te preocupes, hombre, que mientras tú vivas no he de darte el disgusto de tocar el árbol. Si algún día faltases y ella siguiese insistiendo, no habría más remedio que hacerlo desaparecer.

A pesar de la calma absoluta que bañaba la mañana, cabecearon las ramas del *lunuk* y un crujido siniestro siseó por la cuenca del río. Cadio cerró un momento los ojos y echó imperceptiblemente la cabeza hacia atrás como si estremeciese.

—Qué cosa más extraña —comentó Fermín con naturalidad —levantarse esta ráfaga de repente.

—No es ráfaga, Fermín —rectificó sombríamente Cadio—; ¿no ves que el único ramaje que se ha estremecido ha sido el de este árbol?

El amo comprobó tal afirmación y forzó una sonrisa lívida, porque sintió miedo. Y calló. La vereda se doblaba hacia la izquierda ciñendo el curso del río, dejando atrás, oculto, el árbol siniestramente misterioso. La mañana vibraba sobre el campo en reverberaciones de luz cegadora que formaba olas visibles por encima de los sembrados. El calor maduraba la riqueza de Fermín. Todo era promesa. Sólo el *lunuk* levantaba su interrogación de amenaza como el incógnito único en la claridad absoluta de un problema ya resuelto.

Cumplido el plazo que se le impuso a Fermín para acumular una fortuna, éste había conseguido hacerse rico, porque, aunque existían cantidades grandes pendientes de pago, nadie podía dudar ya que, una vez levantadas las cosechas de las tres fincas, habían de quedar liquidadas en más de su mitad las cuentas con los Bancos. La hacienda del monte, explotada totalmente a fuerza de vidas y de quinina, acabaría de rematar su prosperidad, debido a que, con un gasto insignificante, iba a seguir rindiendo durante cuatro años. Y como las tierras no necesitaban descanso, aunque era pequeña, su cosecha equivaldría a la de la hacienda grande.

Fermín comenzó la molienda en las tres fincas con mucha actividad, ya que tenía que embarcar para España antes de fin de marzo. Y las visitaba a diario, vigilando personalmente

Un crujido siniestro siseó por la cuenca del río

el trabajo de sus hombres. En todas ellas cundía la labor de la molienda. Las jornadas se alargaban hasta las doce de la noche y comenzaban antes de las cinco de la mañana. Los peones no mostraban descontento, porque les obsequiaba con aguardiente y se les daba una ración extraordinaria de arroz. Los domingos comían carne de cerdo y por la tarde bailaban en la plaza, bebían o se divertían con cucañas, carreras de sacos, además de la máxima atracción que para ellos constituía la pelea de gallos[14]. Fermín conocía todas las debilidades del nativo y mandó construir una gallera. Hacía también la vista gorda con el juego de cartas, y los obreros perdían sus jornales o ganaban los ajenos en el *monte*[15]. Era una jornada intensiva que no podía prolongarse mucho tiempo, ni siquiera repetirse años sucesivos, porque los hombres tenían que agotarse viviendo en tensión continua, y la experiencia del mal que a la larga se les hacía habría de repercutir dentro de sus espíritus para no aceptar otra prueba en el futuro. Pero lo que importaba era únicamente el presente. Después..., después ya no haría falta el trabajo triplicado de sus jornaleros, ni habría que engañarles con vino, juego y mujeres. Todo discurriría normalmente en la normal placidez de su existencia también, con su mujer —la única de su vida—, dentro de su hogar, feliz de amor y de hijos,

[14] *Se trata de uno de los entretenimientos tradicionales más extendidos y populares en Filipinas en el que participan mayoritariamente los varones. Antes de su difusión en el archipiélago se daban tanto en Méjico como en Malasia e Indonesia por lo que pudieron entrar a través de diferentes vías; no obstante, el vocabulario entorno a las peleas de gallos cuenta con muchas formas de origen español. La raza de los gallos de pelea es especial y son entrenados cuidadosamente por sus dueños. La pelea tiene lugar en la gallera donde se reúnen todos los espectadores apiñados en torno al círculo en que se enfrentan los gallos que cuentan como arma adicional con un espolón de metal. Un juez, generalmente la persona más anciana y más respetada por la comunidad, se encarga de dirimir cualquier disputa. En estos enfrentamientos se mueve mucho dinero en las apuestas, lo que conduce a la adicción a este juego y a que se convierta en muchos casos en un problema social.

[15] * Juego de cartas.

que habría de constituir el resto de su vivir. Ya faltaba poco para alcanzar el ideal soñado. Fermín veía cómo los cilindros de los molinos estrujaban las cañas redondas, dejándolas planas y secas; cómo el líquido dulce corría por los canalillos de cemento hasta los calderos de hierro, y pasaban, calentándose primero, cociéndose después, de uno a otro, hasta llegar al último, de fuego más fuerte, donde el zumo se convertía ya en almíbar. Frente a él se veía al *maestro*[16] metiendo con frecuencia una cañita fina de bambú dentro del caldo espeso y dejando escurrir el líquido viscoso sobre el agua de un cubo, para comprobar si estaba ya el almíbar en su punto. Junto a las plataformas de madera, con bordes bajos, esperaban los paleadores, desnudos de medio cuerpo para arriba, listos a emprender la tarea. Y con el movimiento continuado de sus palas recibían la miel hirviente, removiéndola sin cesar, de mil modos y maneras, hasta que se iba enfriando, convirtiéndose en un polvo rubio que quedaba, finalmente, completamente seco, tapizando el fondo de la plataforma con una alfombra arenosa, dorada y tibia. Era del color del oro, del oro que se le exigió a Fermín para comprar su felicidad.

Y allí estaba ya, fruto de sudores y de energías, de cavilaciones sin fin, de esfuerzos sobrehumanos, incluso de crueldades y engaños, porque debajo de la tierra quedaron enterrados mucho hombres, muertos por las fiebres y la disentería, en la pugna por arrancar de la selva el tesoro de su riqueza dulce, dentro de la paradoja de la amargura para conseguirla. Allí estaba ya, ante Fermín, que había sobrevivido a todas las pruebas; allí estaba, prometedora, sonriente, feliz, la fortuna que había de ofrecer en España a los padres de su novia.

---

[16] * Aquí se trata del experto en obtener el azúcar de la caña.

¡Cómo avanzaba la estación y cómo se iban quedando los campos rasurados casi! ¡La estación seca, con una sequedad esta vez desconocida, como si ella hubiera querido ayudar también al hombre en su afán y en su prisa! No importaba que este regalo de sol continuo fuese precursor de aguas después y de mermas de cosecha en la temporada siguiente. Se afrontarían entonces las dificultades nuevas. El presente, sólo el presente contaba para Fermín. Y éste era espléndido. Finalizaban las labores de molienda, se había embarcado el azucar, lo estaban acabando de clasificar, habíanse pagado sumas y más sumas por los primeros cargamentos...; el resto iba a quedar confiado a un gran amigo para que lo liquidase, y Fermín iba a zarpar, rumbo a su destino y a su amor. Ya tocaba con las manos el maná de los cielos, ya veía el puerto tras el viaje largo, ya estaba a salvo...

Y un telegrama llegó a la hacienda. El telegrama decía esto: "Luisa falleció rapidísima, desconocida enfermedad".

Lo firmaba el padre de su novia. Fermín, primero, no lo creyó; luego pensó en una añagaza para impedir su viaje y alejarlo otra vez de aquella mujer. Pero la noticia fue confirmada por un amigo fraternal que tenía en España.

Y toda la verdad terrible, inexorable, sin remedios ni apelaciones, hundió hasta lo más hondo la razón de su ser, su vida toda.

Emborrachado el corazón de dolor, agarrotada la voluntad, encerrado en su mutismo, extático en su desaliento, Fermín se arrastró a lo largo de los días, de los meses. Toda la máquina de su dinamismo quedó parada en seco. Sordo a cualquier llamada, ni atendía a las actividades de la administración ni acudía a las labores del campo. Las cartas comerciales, las facturas, los balances, se amontonaban sobre la mesa en sus sobres cerrados, y los libros de Caja, de salarios, etc.,

dormían quietos dentro de sus sábanas de polvo sin hollar. En vano Cadio requería su presencia para resolver problemas de inapelable urgencia. Siempre respondía: "Resuélvelo tú. Dispón tú. Lo que tú hagas estará bien." Y si salía de casa era para dar una vuelta al atardecer, cabalgando o a pie, por los caminos anchos y fáciles, dormidos en la melancolía del silencio y de la media luz. Estos paseos los hacía solo, porque se negaba siempre a que Cadio le acompañase. Y el cabo llevaba sobre sí toda la tarea, con la esperanza diaria de que al siguiente amanecer habría de comenzar la reacción natural que amasa el tiempo con levaduras de olvido y mitigación. Pero ese amanecer no llegaba. Y Cadio comenzaba a desesperar. El sufrimiento de Fermín era un tormento en su corazón, y el abandono de las actividades, una pesadumbre y una fatiga en su alma y en su cuerpo.

La prolongada sequía resquebrajaba la costra de la tierra, endureciéndola. Y un día apareció la langosta, nublando el sol. Quiso acampar en un sembrado bien crecido. Con grandes esfuerzos se la forzó a posarse en el barbecho colindante. Tampoco esta vez consiguió Cadio que Fermín viniese a alentar e instruir a sus hombres en la tarea de espantar la plaga.

—Ahuyéntala tú, y si se quiere comer la caña, que se la coma.

—Pero, Fermín, ¿qué consigues con retraerte así, perjudicando tus intereses? ¿No comprendes que, ante lo inevitable, tu deber es defender todo esto para ti y tu madre? ¿Es que...?

Y Fermín interrumpió:

—Déjame en paz, Cadio, y haz lo que quieras.

La langosta merodeaba de campo en campo, dejando las huevas aquí y allá, marchando a las haciendas vecinas y volviendo al poco tiempo para arrasar los sembrados y dejar su semilla en los barbechos.

Un día el cielo se encapotó, y Cadio comenzó a alegrarse, porque la lluvia acabaría con ella. Pero en lugar de un llover sereno se desencadenó el tifón. Era el primero de la temporada después de la terrible sequía. El viento, enfurecido, soplaba despiadado con empujes racheados de insospechada fuerza, arrancando árboles, casas indígenas, planchas de cinc de las techumbres recias y cabañas enteras de bambú y *nipa*. Y después de un día y una noche lloviendo sin cesar, el río amenazó con su crecida. Fermín comenzó a mirar el cielo. Cadio observaba al amo, tratando de adivinar o sorprender un rasgo de interés, de piedad. Mas el rostro dolorido continuaba impasible, sin traicionar emoción alguna. Y seguía lloviendo. Al caer la tarde Fermín escudriñaba con más detenimiento y con mayor frecuencia la bóveda gris que techaba la tierra. Cadio vino otra vez a decirle que la crecida era alarmante y había necesidad de desalojar las viviendas más cercanas al río.

—Da tú la orden en mi nombre —repuso secamente, Fermín.

Y Cadio volvió a marchar, pero media hora después regresaba para comunicar al amo que la gente se negaba a abandonar sus casas, y que sólo su presencia tendría autoridad para obligarles a ello.

—Derribadlas todas; ya verás cómo las dejan.

—Yo no puedo hacer eso, Fermín.

—Pues yo lo haré: dame un hacha.

Se la sujetó en el cinturón y bajó a la calle. El agua caía huracanada y el viento zarandeaba la superficie de la tierra, dando dentelladas al arbolado, a los edificios, al propio suelo, que quedaba arañado y removido por la uñas invisibles de los elementos. La cortina líquida cegaba los ojos del amo y del cabo. Pero, impasibles, cual si la grandiosidad de su drama interior superase a la de la Naturaleza en desenfreno,

continuaron firmes su camino, cruzando el puente, que temblaba sacudido por la fuerza de la corriente.

La tarea fue dura y despiadada, porque las mujeres se aferraban a sus cuatro paredes de *nipa*, a sus miserables enseres, a su hogar, en fin. Fermín les concedió quince minutos para recoger lo más preciso, pasados los cuales comenzó por derribar a hachazos una de las casas cuyos habitantes se negaban a abandonar. Mezclados con el aullido de la tempestad, remataban el cuadro dramático de aquellos momentos los gritos y los ayes humanos, el llanto de los chiquillos, las maldiciones de los viejos, mientras el golpe seco del hacha marcaba el ritmo en el reloj de un tiempo que pasaba raudo a medida que el río crecía, amenazando desbordar su cauce.

Tan pronto como se consiguió que fuesen desalojadas las viviendas, Fermín suspendió el derribo, dejando en pie las demás casuchas, por si el huracán y la riada llegaban a respetarlas.

—Al *camarín* de la molienda todos, que allí hay sitio y es el mejor resguardo contra el *baguio*.

Así la miserable caravana quedó acomodada y Fermín se retiró a su casa. Cadio, con otros tres capataces, permanecieron en el zaguán durante la noche, por si había que salir otra vez en tareas de salvamento. Tendieron un petate en el suelo y se sentaron sobre él para fumar un cigarrillo.

Una hora más tarde, Fermín descendió silenciosamente, con intención de llegar al *camarín* y echar un vistazo a la gente. A mitad de la escalera oyó un siseo. Los capataces estaban todavía despiertos y Cadio hablaba en voz baja. Fermín se puso a escuchar.

—El *tamao* del *lunuk* es uno de los más poderosos que he conocido. Puede incluso matar desde lejos. Al primer amo lo asesinó estando en España, y ahora la novia del señorito Fermín

ha recibido el peso de su venganza sólo porque escribió a éste que cortase el *lunuk*.

—¿Y cómo se eneró el *tamao* de esa orden? – preguntó otro capataz.

—¡Ah!, porque es *asuang* —replicó Cadio—, y además, porque el señorito Fermín me leyó el párrafo de la carta que se refería a tal mandato en el preciso momento en que pasábamos por debajo del árbol. Y entonces el *tamao*, en medio de una calma absoluta, agitó violentamente el ramaje, cual si le sacudiese el viento.

Fermín no quiso oír más. Una oleada de sangre le inundó el cerebro y la vista se le nubló. Renunció a hacer la ronda que se proponía y apoyado en la barandilla, subió jadeante la escalera, sosteniéndose apenas sobre sus piernas temblorosas. Una vez acostado, se fue calmando pero no consiguió conciliar el sueño hasta muy entrada la madrugada.

Un golpe de luz le despertó sobre el mediodía. Eran los primeros rayos del sol, que acababa de rasgar los nubarrones para asomarse a la tierra, mojada y destrozada. El tifón se había alejado a una velocidad fantástica, y la *colla* iba muriendo lentamente en el regazo de las distancias y los espacios que quedaban detrás de los últimos coletazos del monstruo. Cadio esperaba a la puerta para informar. No, el río no se había desbordado por la parte del caserío y las familias habían regresado a sus hogares, a excepción de los habitantes de las dos casas derribadas para dar ejemplaridad. El río había sido bueno con ellos, pero, en cambio, los afluentes del Calatcat se habían salido de madre y los campos estaban anegados en su totalidad.

—No hay más remedio que esperar a que el agua vuelva a su cauce, y entonces se hará lo que se pueda para desaguar los sembrados.

—Está bien —replicó Cadio.

—Vete a descansar, porque no hay nada que hacer —ordenó Fermín.

—Gracias —y se marchó.

Pero no a descansar, sino a hacer su tarea y la de Fermín.

Éste trató de recordar los sucesos del día, y la noche anteriores. Y sobre todas sus impresiones, entre todos sus recuerdos, flotaban, como la nota más aguda, más estridente, más insinuante, más obsesionante, las palabras de Cadio en relación con el *tamao* y la muerte de su novia. Otra vez y otra la oleada de sangre trepaba a su cerebro y su vista se teñía de rojo. ¿Sería posible que existiese el *tamao* con poder sobrenatural para aniquilar a quien odiase? No, no; aquello no podía ser. Pero entonces, ¿esa muerte repentina y misteriosa de su novia? Y perseguía una solución a sus dudas dentro del círculo vicioso que trazaban su cultura y la evidencia se los hechos.

Salió al balcón corrido de la casa para respirar y desasirse de un peso que sentía sobre el corazón. Allí estaba su madre, rezando el rosario, dando gracias a la Virgen por haber librado a la gente del caserío de una riada trágica. Fermín la saludó con un "buenos días".

—Buenos días, hijo, ¿has descansado algo?

—Sí, mamá —y se alejó de su lado para no tener que sostener una conversación.

La madre respetaba ese estado de alejamiento y melancolía en que vivía sumido su hijo. Para ella, Fermín siempre tenía razón, y si quería callar, y dejar de trabajar, y ser huraño, y anegarse en su pena, era porque le hacía falta ser así o porque no podía evitarlo. Se compadecía de Fermín y rezaba por él. Sobre todo, esto; rezaba a todas horas para su único hijo. Cuando terminó su rosario abandonó el balcón, y Fermín volvió entonces, dando paseos de largas zancadas en todo su recorrido. Su agitación aumentaba

por momentos. La misma idea martilleaba su cerebro y clavaba garfios en su corazón. Era demasiado martirio tener que vivir así. ¿Cuándo empezaría a olvidar? ¿Cuándo, por lo menos, se mitigaría el fuego vivo de su tormento?

A la hora de la comida apenas tocó los alimentos que le sirvieron. Después Cadio se presentó mientras Fermín fumaba un cigarillo tendido en la silla larga, la mirada alta, siguiendo el espiral del humo que se perdía cerca del techo.

—Hace falta que vayas al Calatcat; hay que estudiar la manera de que esa agua corra y no pudra las raíces estancándose en el terreno. Por Dios, Fermín, haz un esfuerzo.

—Pero ¿ha bajado ya el río? —preguntó Fermín.

—Sí, ha bajado, pero el agua queda allí, en los campos.

Fermín esperó un rato, pensativo, dio una chupada larga al cigarro y habló lentamente:

—Bueno, iré un poco más tarde. Manda que me ensillen un caballo.

Y añadió:

—Pero iré solo, no quiero que me acompañe nadie.

Algo siniestro se removía en su mirada, algo patético que hizo temblar al cabo fiel. Mas, como sus deseos eran leyes, no osó contrariarle. Y se retiró.

Fermín entonces, cerró los ojos y estuvo así largo rato. Por debajo de sus párpados, y entre el enrejado negro de sus pestañas largas, se deslizaron unas lágrimas. Aquel llanto tranquilo hizo bien a su alma, pero ¡qué dolorosa y trágica melancolía bañaba y anegaba su pecho! ¡Una pena irresistible ya, por lo honda y prolongada! Fermín sentía su peso y deseaba arrojarlo lejos. Mas ¿cómo, si la obsesión de aquella muerte rápida, cortando en flor sus mejores ilusiones, era como un nudo corredizo que le ahogaba con mayor fuerza cuanto más quería librarse de él? Y además, el recuerdo, el recuerdo

siempre. ¡Ah, con qué entusiasmo iría él a salvar los campos, a librarlos de las aguas y de las plagas, si su afán hubiese de servir para el bienestar de ella, para la felicidad de la amada! Sin embargo, ahora, ¿para qué?, ¿para quién? Otra vez la ira se fue apoderando de sus nervios. No había derecho a que se hubiese hecho eso con él. Pero, ¿quién tenía la culpa? ¿El *tamao*? No, no, eso no era posible. Él era un muchacho educado, culto, cristiano, y no podía creerlo. Sin embargo, Cadio, aquél que más le quería en el mundo, aseguraba que el espíritu malo del *lunuk* había sido el asesino. ¿Y si fuera cierto? Lo mataría, lo mataría. Pero ¿cómo se podía matar a un *tamao*?

Vinieron a avisarle que el caballo llevaba media hora ensillado. Despertó de sus meditaciones con el corazón empapado por el deseo de una venganza. Calzó las espuelas, se colgó el hacha una vez más del cinturón y salió. Primero lentamente, luego a trote corto, pasó el puente, torciendo a la izquierda, por la vereda que conducía al Calacat. Llegó al *lunuk*, detuvo el caballo, examinó el árbol con más detenimiento que nunca. Allí estaba su ramaje tupido, verde, lustroso, lozano, barnizado por el agua; el tronco recio y los mil brazos extendidos hacia el cielo... ¡Sería posible! ¡No, no! Quiso continuar, pero retrocedió... ¡Por si era posible...! ¡Por si era posible...! Y bajó del caballo, y trepó por el tronco gigante, alcanzando una rama proyectada por encima de la vereda... Y con energía primero, con rabia después, con locura al final, fue clavando el hacha hasta que la rama —la más frondosa del árbol —cayó al suelo atravesada sobre el atajo. Ya estaba hecho. ¡Por si era posible, por si aquello de Cadio era verdad, allí quedaba eso para empezar! Y partió a galope porque se iba haciendo tarde.

Cuando emprendió el regreso comenzaba a oscurecer. Las nubes habían bajado otra vez, amenazando lluvia. El

caballo corría veloz por el camino estrecho, que las sombras iban borrando rápidamente. Los pies del animal chapoteaban en el barro y el agua de las charcas salpicaba al jinete. Al fin descargó el chaparrón, con ese llover recio y cuantioso de los trópicos, que forma una cortina cegadora y no deja ver al que camina bajo la lluvia. La vereda quedó anegada y se hizo de noche del todo. Así, a ciegas, caballo y jinete iban salvando la distancia, guiados por el instinto más que por los sentidos, con prisa, a todo galope.

Al pasar debajo del *lunuk* los pies del caballo tropezaron con la rama atravesada que taló Fermín, cayendo el animal de bruces y despeñándose, con su caballero, por el talud de la ribera. Fermín recibió un golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido, e incapaz ya de reaccionar, su cuerpo rodó hasta el fondo del remanso trágico, mientras el caballo conseguía restablecer el equilibrio y trepaba otra vez a la planicie.

Alarmado por la tardanza, Cadio quiso salir al encuentro del amo. Y el caballo parado debajo del árbol y la rama cortada le explicaron el desenlace probable de aquella vida que él había querido conservar más que ninguna, más aún que la suya propia. Comenzó a llamar desesperadamente por entre la vegetación de la ribera, arañándose los pies y la cara con el ramaje, con las espinas. En el marco negro de la noche se movía como un fantasma de tragedia, descamisado, empapado, con las greñas chorreando sobre su rostro y los ojos fuera de sus órbitas, dilatadas las pupilas frente al espanto de una verdad que rápidamente se iba haciendo más patente. Venciendo su pavor, llegó a la rebalsa verde. Sus aguas esta vez no estaban en calma; la riada había turbado la quietud maléfica de su superficie, pero nada podía verse en ellas, porque toda era negrura, adivinándose únicamente por el ruido de la corriente turbulenta y arremolinada la agitación de

sus ondas. La superstición se agarraba a la garganta del cabo fiel, del indígena en cuya alma sedimentó el atavismo terrores seculares, convicciones fantasmales, y el hombre sentía cómo el terror le iba ahogando, ahogando, con una fuerza superior a la suya. Un relámpago único y extraño iluminó entonces el remanso y su visión le recordó que allí, en su fondo, podía estar Fermín con vida todavía.

Tenía que salvarlo.

Fue un impulso de locura lo que le hundió en la poza turbulenta, lo que le dio valor para bucear dentro de ella, buscando un cuerpo en sus entrañas, sin acordarse de nada más que del niño de ayer, del hombre de hoy, del amo, que era, sobre todo, un hijo. Las aguas embravecidas y los remolinos traicioneros zarandearon su figura hercúlea dentro del remanso. Varias veces surgió a la superficie y volvió a hundirse tras un respirar hondo y fatigoso. Y en lucha heroica rescató del reino tenebroso y maléfico del duende el cuerpo herido, inerte y frío de Fermín. Cuando, finalmente, salió de las aguas cargado con su trofeo de muerte, las dos riberas del río se hallaban iluminadas con antorchas de petróleo, empuñadas por los indios del caserío, y el reflejo de las llamas caía sobre la poza siniestra en un rielar pavoroso y trágico, tenebroso y fúnebre. Talud arriba trepó Cadio con su carga, seguido de las luminarias y de los hombres. Al depositarlo en su lecho se comprobó que Fermín estaba muerto. Entonces el cabo se desplomó sin sentido sobre el cuerpo estrangulado por las raíces del *lunuk*, las cuales había tenido que romper, desenmarañar y rasgar en el fondo de la poza para rescatar a la víctima que aprisionaban.

Al día siguiente, cuando volvió en sí, el cabo tenía todo el cabello blanco. Y se había vuelto loco.

Desaparecido el hombre que garantizaba la marcha de las haciendas, se cerraron los créditos, y, cumplidos los plazos,

las fincas fueron vendidas en pública subasta, para cobrarse las deudas.

Sólo se salvó de la hecatombe una casita en el pueblo, a donde se retiraron para acabar sus días la madre de Fermín y Cadio, el loco. Por consideración especial del nuevo dueño de la hacienda del monte, se les pasó una renta anual hasta que ambos desaparecieron.

La madre sobrellevó su desgracia sostenida por la resignación que su acendrado espíritu cristiano la prestó. El cabo, con una locura tranquila después del ataque inicial de furia, que curó en un manicomio de la capital, vivía, en su ausencia de alma, dentro de una placidez inconsciente. Sólo algunos días extremadamente lluviosos o de tempestad salía por la calle llamando a gritos: "¡*Nonoy, Nonoy, Nonoy*!" Los chiquillos del pueblo le seguían, y él gritaba cada vez más desesperadamente su estribillo patético: "¡*Nonoy, Nonoy, Nonoy,...*!" Y si no le recogían pronto, conduciéndole a su casa, se sentaba, rendido, en el suelo y rompía a llorar.

Después de esas crisis volvía a serenarse y tornaba a pasear bajo el sol pueblerino, que doraba las *nipa*s y blanqueba los bambúes de los techos y paredes. Entonces los chicos le hacían rabiar con remedos crueles, llamando: "¡*Nonoy, Nonoy, Nonoy*!"

Pero, bajo el aire iluminado y cálido, Cadio sonreía beatíficamente, con ausencias de rencores y de razón. Hasta que un día el sol le cerró los ojos para siempre, soñando con otro remanso más cristalino y más azul, sin *lunuk* y sin *tamao*, donde le estaba esperando definitivamente su *Nonoy*.